

La calle para el martes 26 de octubre de 2010
Diario de un espectador
Alí Chumacero
Miguel ángel granados chapa

Como todo el mundo está enterado, pues se dio difusión profusa a su fallecimiento, el viernes pasado murió Alí Chumacero. Poeta y editor (y mucho más que eso, como lo dijo el también poeta Marco Antonio Campos, benefactor de la literatura mexicana), fue un gozado, que tras su apariencia severa escondía un espíritu juguetón, antiolemne (desde antes de que la palabra misma, antiolemne se fraguara, según el atinado dicho de José Emilio Pacheco).

Recibió en 1987 el Premio nacional de ciencias y artes, en el campo de literatura) y por ello una semblanza suya quedó incluida en el volumen que sobre los beneficiarios de ese galardón publicó la propia casa de Alí Chumacero, el Fondo de cultura económica, en 1991. Lo escribió Campos y comienza definiendo ese singular papel del escritor fallecido hace cuatro días en la vida literaria de México::

“Alí Chumacero nace el 19 de julio de 1918 en Acaponeta, Nay, Realiza en Guadalajara sus estudios de primaria, secundaria y preparatoria. En 1936 llega a la ciudad de México e ingresa en la Facultad de filosofía y letras de la UNAM. Ese mismo comienza publicar poesía y al poco tiempo se inicia en una actividad que, junto con su obra poética, le acarrea grandes beneficios a la literatura del país: la labor editorial, cuando funda, en 1939, la revista *Tierra nueva*, con Jorge González Durán, José Luis Martínez y Leopoldo Zea. A partir de entonces colabora en *Letras de México*, *El hijo pródigo* y los suplementos *México en la cultura* y *La cultura en México*. Participa también, con Elías Nandino, en la revista *Estaciones*; a corto plazo ayuda en la promoción de una de las generaciones literarias más significativas. Tan importante o más es su labor en el FCE (Fondo de cultura económica), en el que se encarga durante muchos años de la producción técnica, dándole al libro mexicano una dignidad y una belleza que lo equiparan con los mejores del mundo. Igualmente la asesoría que presta a cuanto literato se la pide, joven o maduro, ha dado beneficios que no se pueden aquilatar, pero cuyos resultados se sienten en decenas de revistas, libros, análisis, reseñas, sin importar que los beneficiarios lo reconozcan.

“Parco hasta la sobriedad es, como dice José Emilio Pacheco, el equivalente de Juan Rulfo de la poesía; su obra consiste en tres libros: *Páramo de sueños* (1944), *Imágenes desterradas* (aparece en la segunda edición de su primer libro, en 1960) y *Palabras en reposo* (1956); hay edición de lujo, de 1988. Con ellos reúne apenas 150 páginas en una recopilación, *Poesía completa*. En 1988 se reúnen en un volumen *Los*

momentos críticos, su labor periodística (reseñas, notas, prólogos, críticas, labor invaluable también)

“Más que cualquier otro poeta, Chumacera es el auténtico heredero de Contemporáneos: literatura hermética, llena de claves secretas, que exige tres, cuatro lecturas; poesía desprovista de anécdota, que se resiste a contar historias, aunque no sólo busca un ritmo, sino una imagen, una atmósfera y un lenguaje.

“Chumacero, más que un continuador, es un culminador: mientras que Tablada y Paz abren caminos que otros poetas aprovechan, la obra de Chumacera se enconcha, se retrae, se encierra; es muy probable que eso provoque que los lectores no se multipliquen, que su popularidad no se deba a su poesía, sino a su extraordinaria sencillez, a su simpatía, a su asombroso don narrativo, a su iconoclastia...”.